

mentario, y hasta los leones del Congreso mostrarían las encías desdentadas y la melena pelada y rala como viejo felpudo. Esto en el caso muy problemático de que les importase aquí á las hembras lo que no les importa á los varones, salvo por excepcionales circunstancias.

* *

Siempre he dudado de que las suntuosas decoraciones, los trajes magníficos y originales de las actrices, sean un elemento de arte tan poderoso y decisivo como se cree. Me ha confirmado en esta idea antigua la presencia de Tina di Lorenzo en el Ateneo de Madrid. Sobre aquel escenario diminuto, sin decorado, sin mobiliario apenas, vestida con un saco de lana grisácea, desarreglado sin artificio el cabello, la gran actriz conmovió y subyugó á su auditorio lo mismo ó mejor que si luciese la última creación de Paquin y detrás de su figura artística se extendiese una decoración fastuosa. Ello es cierto que los dramas y las comedias más admirables que ha producido el ingenio humano, se han representado entre dos cortinas viejas, habiendo salido previamente un avisador á advertir á los espectadores que el teatro representa una selva ó una gruta mágica. No podríamos hoy avenirnos á tal esfuerzo de imaginación, pero el extremo del lujo escénico nos ha conducido ya á materializar é industrializar lo que debe ser principalmente arte, y á «salvar» obras sin mérito ni alma por medio de la indumentaria, los muebles y los detalles realistas. Lo principal ha pasado á ser secundario; los árboles han tapado el bosque; el modisto se ha colocado ante el autor. Se va al teatro á ver ropa nueva y á aprender estilos y colores para la moda primavera. Se admira una silla y se olvida un carácter; se ensalza un biombo y se prescinde de una escena capital. Los aplausos más sinceros son para los pintores escenógrafos. El rúnrún admirativo queda reservado para un sombrero *dernier cri*. Las obras teatrales son más elegantes, más lujosas, más refinadas que la vida. Lo único que no son eso... eso, *vida*. Y según á aquella matrona romana (¿me equivoco?, ¿era romana, ó era griega?) que traicionó á su patria por unas joyas, la apedrearón y ahogaron con joyas riquísimas, el arte, por el delito de aspirar á tanto aparato y á tanta magnificencia, queda ahogado bajo el esplendor de talco de la escenografía. Y se respira, y se experimenta una sensación de alivio al asistir á un espectáculo, no teatral, sino íntimo y como *directo*, en que la bella prosa de d'Annunzio no busca otros medios de conmovernos y penetrar en lo hondo de nuestro corazón, sino la palabra y el gesto de una genial intérprete.

* *

Continuamos en la expectación de lo que encierran unas entrañas de mujer. Puede asegurarse que la criatura que va á venir interesa más que las Cortes que van á reunirse; es antiguo achaque de la humanidad concentrar las esperanzas, los ensueños, las conjeturas, en la cuna preparada á recibir á la criatura inocente.

¿Qué tendrá la niñez, que así atrae y determina la efusión del sentimiento? No es necesario, para que la niñez posea su especial imán, que el niño nazca bajo las bóvedas de un palacio, que su cuna la revisitan encajes de punto antiguo, que los cañones saluden su venida al mundo, ni que la noticia se reciba respetuosamente en las cancillerías y la telegrafen á los ámbitos del globo las agencias. Basta á la niñez su debilidad, su desamparo, su entrega absoluta á la compasión y á la ternura de seres más fuertes.

Hace pocos días, un niño fué dejado en brazos de una verdulera por una bruja desconocida. «Quiero deshacerme de él,» dijo la misteriosa. Y la humilde vendedora del mercado tembló. Vió á la tierna criatura estrangulada, abrasada, pisoteada, enterrada secretamente, como todos los días leemos en los periódicos que sucede á otras criaturas... Y conservó en sus brazos y contra su seno al niño. Cuando la buena mujer se recobró de la emoción compasiva, la bruja había desaparecido, sin saberse cómo ni por dónde, y la verdulera tenía un hijo ya. «Yo le ampararé,» afirmaba con generoso arranque. Y de seguro le amparará con el mismo cariño, la misma abnegación que si le hubiese llevado en su vientre. Todavía mejor, pues lo lleva en el corazón, en su ancho corazón plebeyo y amoroso.

* *

La primavera se retrasa: diríase que se reserva para hacer su entrada triunfal en compañía del heredero (ó heredera) del trono. Cierzos picones, noches

frías, gente que sale del teatro arrebujada en boas y estolas de piel, pertinacia del manguito y del sombrero de fieltro, escasez de *manuelas* y tranvías calados, carencia de horchata de chufas..., esto es lo que por ahora indica que el verano (aunque he dicho *primavera*, en Madrid, realmente, no se conoce estación intermedia; se salta de extremo á extremo), no asomará hasta mayo, lo más pronto.

El 2 de mayo, en Madrid, es siempre un día caluroso, alegre á pesar de los recuerdos y conmemoraciones patrióticas, alborozado de callejeo y gentío, que se «echa á la calle» á disfrutar del más barato y gustoso recreo cortésano: el de verse los unos á los otros... En efecto; aquí, todo lo que no sea poder verse, aburre y fastidia, digan lo que digan «los termómetros.» Realmente se podría ahorrar lo que se gasta en teatros, conciertos, espectáculos y diversiones de toda clase, y dejar, por único festejo, la reunión de la gente en un punto dado, á una hora dada, para contemplarse, criticarse, admirarse, comentarse, elogiarse, charlar y reirse. Es el goce predilecto de los madrileños, y cualquier tarde de día festivo podéis comprobarlo, pues las calles están atestadas de una multitud que sale no más á *ver personas*. Delante de las casas donde se recibe, á la puerta de los teatros, al paso de los coches que van ó vuelven de conducir á sus dueños á los toros, se agolpa un hervidero, la curiosidad *personal* de Madrid. Curiosidad que dimana, en buena parte, del caso frecuente de no tener nada que hacer los curiosos.

* *

A decir verdad, yo alabo el celo de la policía, pues más vale alabar celos que lamentar descuidos; pero hay ocasiones en que no me persuado de que no fuese mejor dejar las cosas como están. Y una de estas ocasiones es la de los «timos,» especialmente los timos á extranjeros.

Ya comprendo que extrañará mi opinión; que parecerá indefendible. Pensadlo bien: se debe defender al ciudadano contra los demás ciudadanos, pero no contra sí mismo: ahí termina la misión protectora de la sociedad. Los andadores son para los niños, no para los señores talludos y con barba corrida, y los extranjeros deben serlo, y si no lo son, tanto peor para ellos; merecida tienen su suerte.

¿Se comprende que puedan ya engañar á nadie ciertas tretas? Cuando leemos que á una señora la dió una gitana, á cambio de un fajo de billetes, un sobre cerrado, encargando que no lo abra hasta pasados ocho días, precepto que la señora cumple escrupulosamente, para encontrar, al plazo fijado, una bonita colección de recortes de periódicos antiguos; cuando unos alemanes (¡oh, la superioridad de los anglo-sajones!) llegan aquí desde los confines de Westfalia, dispuestos á ceder una regular suma de marcos á cambio de las indicaciones para descubrir un fabuloso tesoro soterrado en las montañas de Sierra Nevada por los monjes; cuando dos italianos (¡oh manes de Maquiavelo!) desembarcan del tren para entregar el cuello resignadamente á un timo «por el procedimiento del entierro,» que ya saben ustedes si es novísimo, disponiéndose á soltar 7.535 pesetas ó liras, ni una menos, al requerimiento de los aprovechados industriales, á cambio de unos *documentos*, que ya pueden ustedes suponer qué documentos serían..., confieso que me acuerdo de Darwin, de la ley por la cual los débiles deben sucumbir, á fin de que se verifique la selección..., y siento que una policía previsora, honrada, salve á esos incautos, porque incautos así, si no son víctimas del *entierro*, lo serán, á la vuelta de la esquina, de otro timo más disimulado y más seguro.

* *

Cuando á cada cual le pasa lo que merece que le pase, la justicia se cumple. Son tanto menos de compadecer estos timados, cuanto que el móvil de su error es la codicia. Se les tima porque aspiran á timar, es decir, á realizar un negocio excesivo, un lucro desproporcionado con el trabajo que cuesta y el esfuerzo que requiere. Y es la codicia quien ciega sus ojos, embota su entendimiento y aduerme su confianza; es la codicia lo que les impulsa á comprometer fuerte suma en aventura loca, ellos que acaso, para una empresa de ganancia modesta y lícita, no arriesgarían una moneda de plata. He aquí por qué el servicio de la policía, previniendo estos timos, esperando á los engañados en la estación del ferrocarril con objeto de salvarles el caudal que traen en la maleta, es de estimar, pero no me convence: cierra el paso á lo providencial; protege á quien debiera ser abandonado.

EMILIA PARDO BAZÁN.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

El más curioso contraste entre lo que se habla y lo que se lee, lo presentan las elecciones de diputados á Cortes.

En la prensa, las elecciones han sido el tema obligado y predilecto: cálculos de probabilidades, cuentas más ó menos galanas, quejas de abusos, arbitrariedades y amañados más ó menos patentes, augurios, profecías, amenazas, campañas, habilidades, conjeturas, llenaron las columnas de los diarios políticos, delatando hondas preocupaciones. En las antecámaras y cámaras del ministerio de la Gobernación, en las redacciones, en los círculos y comités, en las casas de los hombres políticos, también debió de alzarse, como ahora se dice, considerable *revuelo*. Pero en el resto del mundo, créanme los lectores, nadie se ha ocupado de si existían ó no existían elecciones semejantes. Nadie que no perteneciese á un partido militante y lo tomase por lo serio, ó no fuese compelido por urgentes requerimientos de amistad ó de obligación, ha pensado en concurrir á las urnas. La sola idea de «ir á votar» provocaba sonrisas de desdén en infinitos ciudadanos. ¡Votar! Eso es bueno para los mozos de cordel, que venden su voto por un par de pesetas y unas tintas.

* *

Tal indiferencia, tal menosprecio hacia la función electoral, ¿no dicen, no significan algo? Cuando menos deben significar que es una cosa divorciada de la realidad íntima; algo de que nadie se cuida, que nadie espera, que no constituye nada interesante al espíritu de una nación. Y si se piensa que de esa función mirada con enorme desvío se deriva el estado de legalidad á que todos vivimos sujetos, puede sorprender la frialdad y el alejamiento de las masas neutrales. ¿No es en las Cortes donde se vota la contribución que hemos de pagar, la ley que hemos de acatar, la reforma que nos afecta, todo lo que más influye en nuestro bienestar ó malestar diario? ¿No es allí donde ha de discutirse hasta lo que toca al sentimiento más hondo, á los intereses más graves, la enseñanza, la religión, la integridad de la patria, la guerra, la paz? ¿No es allí donde, al través de eufemismos ó en medio de insultos, ha de abrirse camino la revelación de hechos que denuncian el verdadero estado de la sociedad en que vivimos? ¿Cómo es posible que, mirando bien lo que lleva consigo el derecho al voto, caiga en desuso tal derecho, y ni aun recuerden los derechohabientes que lo poseen y pueden ejercitarlo?

* *

Yo oigo hablar de países donde vota el censo entero, y sin trampa; yo oigo hablar hasta de países donde ya vota la mujer. Este adelanto no llegará á plantearse en España; el día en que empezase á agitarse aquí tal cuestión (dentro de un par de siglos), ya estaría caduco y mandado retirar el sistema parla-